

# Los *Anales de Morón* de Antonio Bohorques Villalón

---

JOAQUÍN PASCUAL BAREA

El carácter de esta obra se entiende mejor conociendo la formación, profesión y circunstancias familiares y sociales de su autor. Antonio Bohorques Villalón de Auñón nació en Morón en 1595, siendo el único hijo varón del capitán de infantería Francisco de Bohorques Villalón (1575-1643) y de Juana Parejo de Espinar y de Auñón.

En 1596, su padre participó en la defensa de Cádiz frente a la armada inglesa en una compañía de caballos, según nos cuenta él mismo en sus *Anales*.<sup>1</sup>

En 1610, su tía Fabiana hizo construir un teatro en la calle de las Ánimas en Morón, donde tal vez presenciara las comedias de Lope de Vega que cita y otras obras.

Con el grado de bachiller en Cánones por la Universidad de Salamanca en 1616, en 1618 solicitó una beca en el Colegio Mayor de Sevilla, de la que tomó posesión en 1624 tras probar su limpieza de sangre frente a un vecino de Morón que denunció que descendía de una conversa por parte de Juan de Espinar, abuelo paterno de su madre.

Su padre participó el otoño de 1625 en la defensa de El Puerto de Santa María contra los ingleses como capitán de la gente de Morón enviado por el Duque de Osuna.

---

1. Cf. *Anales de Morón*; transcripción del autógrafo (1633-1642), introducción, notas e índices de J. Pascual Barea. Morón de la Frontera: Biblioteca de la Frontera, 1994<sup>1</sup> (Cádiz: Universidad, 1994<sup>2</sup>), donde los índices y el orden cronológico permitirán localizar fácilmente estas y otras noticias.

En 1628 ya era licenciado en leyes y estaba empeñado en escribir la Historia de Morón siguiendo el modelo de los libros de Luis de la Cueva sobre Granada o de Rodrigo Caro sobre Utrera. Pues cita estas y otras obras en la primera carta que envió el 29 de octubre de 1628 desde Morón a Utrera a Caro pidiéndole orientación y otros posibles datos sobre los dos lugares que, según le había escrito el predicador fray Pedro de Salvatierra, probaban que Morón fue fundada por los celtas. A Caro, 22 años mayor que él y que había estado en Morón en torno al 9 de diciembre de 1624, le expone su conjetura de que, suponiendo que Morón fuera *Aruci* o *Arunci*, su nombre y fundación se debieran a los fenicios y no a los celtas como creían Caro y otros autores.

La principal fuente de información de Bohorques debieron de ser los libros hoy desaparecidos del presbítero Luis Gutiérrez de Bonilla (h. 1520-1605), de quien toma la teoría de que la primera población de Morón fue en el lugar de su castillo ya entonces arruinado, donde habría una mezquita convertida en iglesia en el siglo XIII, y desde donde la población se habría extendido hacia el barrio de Santa María y hacia el norte haciendo una segunda cerca; así como una provisión de mediados del siglo XIV; un romance y cuatro noticias del siglo XV, una del XVI, y tal vez otras que no declara.

Mientras escribía esta historia se ocupaba de las ejecutorias de nobleza de su padre y propia, que ganó en Granada en 1629 y 1631 y que cita en el capítulo 12 de los *Anales* a propósito de su antepasado Martín Fernández Villalón, nombrado alcaide del castillo y fortaleza de Pruna por los Reyes Católicos. También trata en ambos escritos del padre de dicho Martín, Juan Fernández Villalón, alcaide del alcázar de Carmona en tiempos de Enrique III; del padre de Juan, Antón Fernández Villalón, caballero de Santiago y capitán de la gente de a caballo de Enrique III, muerto en una batalla con los moros en la Vega de Granada; del abuelo de Antón, Sancho Fernández Villalón, que como alférez de la gente de Morón sirvió a Juan II en la conquista de Antequera, siendo armado caballero de espuela dorada por el infante don Fernando por haber ayudado a la conquista ganando un estandarte y subiendo de los primeros al muro, y porque también sus antepasados habían servido en la defensa de la frontera, en especial Bartolomé Fernández Villalón, que participó en la conquista de Morón, Carmona y Sevilla. También cita a su bisabuelo Francisco Bohorques Villalón, alcalde de Morón en 1574.

En julio de 1630 era doctor en leyes por la Universidad de Sevilla, donde tuvo dos cátedras durante seis años (una por oposición frente a un abogado de la Audiencia); había intervenido en las pruebas para dar el grado de licenciado;

y como abogado había defendido a presos de la Inquisición de Sevilla y otras muchas causas en Granada.<sup>2</sup>

La ejecutoria de nobleza familiar allanó su boda con Francisca Juana Núñez de Villavicencio, segunda hija de Jerónimo Núñez de Villavicencio y de Petronila de Lara y Gaitán, siguiendo la voluntad de su tía Fabiana, casada en segundas nupcias con Pedro de Espínola Villavicencio. Estos también debieron de intervenir en el matrimonio de Antonia, con el jerezano Andrés de Espínola, a cuya muerte casó con Juan de Torres Gaitán, caballero de Calatrava y veinticuatro de Jerez, y pariente de la suegra de su hermano Antonio.

Francisco, primogénito del historiador, fue bautizado el 31 de marzo de 1632.

En 1633 redactó la práctica totalidad de su obra. El 2 de junio de 1634 envió al Marqués de Estepa en Granada la transcripción de un epitafio en árabe hallado en el cementerio musulmán de Morón y que tuvo en su casa, del que aquel le mandó una traducción aproximada el 4 de julio de ese mismo año, que él incorpora en su lugar.

En las *Antigüedades*, escritas en 1631 pero impresas en 1634, Caro cuestiona la hipótesis que le expuso Bohorques sobre el origen fenicio de Morón, y sigue pensando que fue fundada por los celtas y que corresponde a *Arunci*, topónimo imaginario que distingue del *Arucci* unánimemente localizado en la región de Aroche y Moura, arrastrado por una confusión ajena entre Moura y Morón, y sin otro apoyo que su mención en el texto de Plinio (*nat.* 3, 13-14) con distintas variantes gráficas después de *Acinippo* y *Arunda*, situados a unos 60 y 80 km. al suroeste de Morón. De hecho, en esas dos listas de poblaciones (privilegiadas con sobrenombre y no privilegiadas sin él) del territorio de la jurisdicción hispalense –desde la zona de Aroche hasta la de Ronda– consideradas “célticas”, la mezcla de conceptos geográficos, jurídicos y étnicos ha dado lugar a interpretaciones erróneas que duplican los topónimos en ambas zonas, o que igual que quisieron acercar *Arucci* a Ronda desde Aroche, han querido llevarse al norte del Betis, entre otros, a los *Siarenses Fortunales* de Utrera, o a los *Callenses Aeneanici* del lugar de Moguejerejo, en término entonces de Morón y ahora de Montellano.<sup>3</sup>

Bohorques, que en 1633 ya había explicado que *Arunci* no tenía nada que ver con Morón, se dispuso a refutar a Caro en una adición al final del capítulo segundo de sus *Anales*, que finalmente incorporó al texto, después de aclarar

2. Cf. A. R. Rodríguez Moñino, *Catálogo de memoriales presentados al Real Consejo de Indias (1626-1630): descripción bibliográfica de más de cuatrocientos rarísimos impresos y manuscritos*. Madrid: Maestre, 1953, p. 45.

3. *Antigüedades y principado de la ilustrissima ciudad de Sevilla y Chorographia de su convento iuridico o antigua chancilleria*. Sevilla: Andrés Grande, 1634, fols. 93-94, 183 y 199-200. He tratado en sendos trabajos sobre el nombre de Morón y sobre *Callet* y los *Callenses Aeneanici*.

que *Arucci* era Aroche, y antes de decir que *Aurgi* era Jaén. Y siguió defendiendo su teoría del origen fenicio del nombre y fundación de Morón según el modelo teórico de Cueva y de Bermúdez de Pedraza sobre Granada, más verosímil y con más fundamento que la de *Arunci* nacida de una confusión entre Morón y los lugares portugueses de Mora y Morón (Moura y Mourão). Quizás también molesto porque lo llamara Francisco en vez de Antonio, tachó la alabanza que había dedicado a Caro después de referir sin cuestionarla su interpretación errónea de las siglas T.R.P.D. en los epitafios latinos de época romana.

Prueban su formación jurídica y humanística las citas bibliográficas de unas 125 obras de historiadores, geógrafos, juristas, gramáticos, poetas y filósofos de todas las épocas, escritas en castellano y en latín, ya fueran traducciones de los autores griegos Estesícoro, Aristóteles, Estrabón y Arriano; o los originales de los clásicos Cicerón, Virgilio, Valerio Máximo, Silio Itálico, Quintiliano, Pomponio Mela, Suetonio, Marcial, Juvenal y Antonino, y de los santos cristianos Agustín de Hipona, Ambrosio, Isidoro de Sevilla y Tomás de Aquino. Maneja diccionarios y obras eruditas sobre palabras hebreas (Jerónimo, Lira, Pagnini), griegas (Suidas, Toussain), latinas (Calepino, Barbosa) y castellanas (Aldrete, Covarrubias). Incluye asimismo referencias de documentos manuscritos de archivos públicos y privados de varios lugares, y testimonios oculares de algunos de los hechos que narra, y los que él mismo presenció.

Al ser sólo tres hermanos, su padre heredó primero el mayorazgo fundado por su hermano Antonio en 1606, y luego el fundado en 1608 por su hermana Fabiana cuando en 1636 profesó en el convento de San Francisco de Jerez después de volver a enviudar.

Nuestro historiador fue nombrado en 1639 corregidor de Osuna. A Rodrigo Caro, cuyo desatino sobre Morón y *Arunci* parece haber disculpado, cuenta en una carta de respuesta del 13 de julio de 1641 que la referida inscripción en árabe se encontró “en el cerro de la atalaya de Morón, que está al Poniente desta villa, y oy se entierran los moros que mueren en esta comarca, pues los he visto haciaquí desde Alcalá de Guadaíra,” por lo que la adición en los *Anales* de que dejaron de hacerlo después de que sembraran el terreno debe de ser algo posterior. También le informa sobre hallazgos arqueológicos, que incluye en los márgenes del autógrafo de los *Anales*.

Al final del tratado siguió añadiendo otras noticias de 1635 y de 1638 a 1642, renunciando poco después a concluir su obra, quizás debido en parte a las propiedades que heredó y de las que tuvo que ocuparse a la muerte de su padre en 1643.

El 16 de julio de 1656, ya sexagenario, casó a su hija Fabiana (Laureana en otros textos) con el noble moronense Juan Angulo de Bohorques y Topete,

quienes muy pronto tuvieron a sus hijos Petronila, Francisca, Inés, Jerónimo, quien fue bautizado el 4 de abril de 1664 y fue paje del rey, y Juana.<sup>4</sup>

Como él, su primogénito Francisco opositó en 1657 a una beca de jurista del Colegio Mayor de Santa María de Jesús, sin topar ya con dificultades por el linaje.

El historiador hizo testamento en Morón el 25 de octubre de 1663, falleciendo el año siguiente. Antes había fallecido su hijo Antonio. Su hija Fabiana testó el 8 de octubre de 1665. Sus hijos Francisco y Jerónimo heredaron cortijos, tierras de sembrar, olivares, viñas, dehesas de ganado, molinos, hornos, casas, etc., explotados directamente o arrendados. Sus descendientes quedaron así instalados definitivamente en la aristocracia política y económica de Morón y de otros lugares de Andalucía.

Francisco casó el 28 de septiembre de 1664 en Marchena con María de Villegas Orbaneja (Marchena, 1643-Nájera, 1694), fue regidor en Morón en 1668, alcalde de la Santa Hermandad en 1669, y testó en Marchena el 2 de septiembre de 1685.<sup>5</sup>

El segundón Jerónimo casó con Ana o Antonia Blasa María de Herrera, y entre otros bienes como un vínculo de su tía Antonia muerta en 1674, heredó importantes propiedades por parte de los ascendientes tanto del padre como de la madre del historiador: los Parejo, Romero y Espinar. Tuvieron a Francisca, casada en 1705, y a Andrés Villalón Villavicencio y Herrera, nacido hacia 1695 según su lápida sepulcral conservada en San Miguel. Jerónimo fue jurado en 1700 y alcalde ordinario en 1701, 1702 y 1707, y en 1709 solicitó un oratorio donde celebrar misa en su casa.<sup>6</sup>

Según una nota del autógrafo, el autor había dejado el manuscrito de los *Anales* a su hijo Francisco con la esperanza de que los continuara el primogénito de este, Antonio, a quien podrían deberse a lo sumo las últimas líneas del autógrafo. Pero Francisco lo regaló a Francisco Chamizo, quien hizo algunas anotaciones y lo legó a Pedro Morillas, lo que permitió consultarlo y anotar lo al jesuita Fernando Morillas, nacido en Morón en 1728. Pues Antonio, casado con

4. Cf. F. J. Gutiérrez Núñez, "Sobre linajes moronenses: los Angulo (Ss. XVI-XVIII)", en *Actas de las 7<sup>as</sup> Jornadas de Temas Moronenses (3 a 7 de octubre de 2005)*; J. D. Mata Marchena y J. Manchado Muñoz (coord.). Morón de la Frontera: Ayto. / Fundación Fernando Villalón / Universidad de Sevilla, 2009, 205-234, p. 210.

5. Cf. V. de Cadenas y Vicent, *Caballeros de la orden de Calatrava que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XVIII*. Madrid: Hidalguía, 1986, t. I, pp. 143-144, y 1987, t. IV, pp. 84-85.

6. Cf. F. J. Gutiérrez Núñez, "El Cabildo de Morón de la Frontera a inicios del siglo XVIII: poder y gobierno municipal durante la guerra de sucesión (1700-1713)", en *Actas de las V Jornadas de Temas Moronenses (26 al 30 de septiembre de 2001)*. Morón de la Frontera: Fundación Fernando Villalón, 2003, 111-143, pp. 117 y 140-142. *Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla*. Oratorios. Justicia Actos y expedientes de la clase 1a y 3a. Secc. II. Serie Oratorios, legajo 15 Exp. 17-B.

Catalina de Aguayo y Casasola, debió de dar muestras muy pronto de su falta de interés por la historia, y en general de la “desidia y negligencia” de que lo acusa su tío Jerónimo antes de 1720, además de faltar a la verdad y de engañar a sus testigos, quienes querrían captar su benevolencia como juez, “esperando cooperase en una conjuración municipal”.<sup>7</sup>

Quien continuó los *Anales de Morón*, según el título de una copia de la que posee una parte el historiador Juan José García López, no fue Antonio sino su varón primogénito Francisco Villalón Bohorques y Aguayo, nacido en 1720 y casado con su prima Antonia Villalón Topete, hija del referido Andrés, en quien tuvo a Antonio Villalón y Villalón, padre de Miguel Villalón y Aguirre; de su hermano Diego, nacido en 1723, y de María Josefa Topete y Topete es hijo Antonio Villalón y Topete, IV Marqués de Pilares, y descienden los herederos de este título. El ejemplar del biznieto del autor, que fue alcalde de Morón en 1774, procedía de una versión sin las adiciones de 1634, de la que según el índice, fueron eliminados los capítulos 31 y 34 sobre las Casas de Cabildo y el duque de Osuna, y añadidos uno sobre “Que la Mesta no tiene jurisdicción en Morón”, otro “De las executorias que ai”, y un capítulo 36 titulado “Pleyto donde consta el principio y fin de los pleytos ganados en la sala de la 1500”.

La obra permaneció inacabada y manuscrita como otras de ámbito parecido, aunque no por ello dejó de ser difundida desde 1633 hasta que una copia de la versión del erudito sevillano Patricio Gutiérrez Bravo fue editada en la *Revista de Morón* entre 1914 y 1916. Además del autógrafo y de las seis copias manejadas y de otras desaparecidas que referí en mi edición, se conservan otras dos del siglo XVIII: la de la Biblioteca Universitaria de Oviedo (M. 322) probablemente fue la utilizada por Gutiérrez Bravo, y se basa en otra realizada en fecha temprana sin las adiciones del autor; la del Museo Lázaro Galdiano de Madrid (Ms. 44) deriva de la copia del Conde del Águila, al igual que otra del siglo XIX procedente de la biblioteca del Duque de T'Serclaes, de 422 pp. en 4º, que tiene a la venta un librero de Sevilla.

La obra se enmarca en la historiografía renacentista basada en la Historia de Roma de Tito Livio, de la que se conservaban 35 libros, número de los capítulos de los *Anales*; con el patavino comparte además Bohorques el centrarse en una historia local desde su origen hasta el presente, la admiración por los hombres, costumbres y hechos heroicos del pasado, y la presencia de sucesos sobrenaturales, como los milagros de fray Pedro Sánchez, muerto en 1600. A

7. Por D. Geronymo de Bohorques Villalon y Villavicencio, vezino de la villa de Moron de la Frontera, alcalde ordinario por el estado noble. En el pleyto con D. Antonio, y D. Juan de Bohorques Villalon, sus sobrinos, vezinos de dicha villa, y la de Marchena. Sobre el mayorazgo que fundó D. Fabiana de Bohorques Villalon, su tía, viuda de D. Pedro de Espínola Villavicencio, vezinos que fueron de la ciudad de Xerez de la Frontera. s. p. i., pp. 14 y 17.

partir del capítulo sexto la obra adopta el género historiográfico de los anales, tomando noticias sobre todo de documentos y crónicas de los siglos XIII y XIV, y desde 1401 de las Actas de Cabildo. Refiere tomas de ciudades, batallas, escaramuzas, secuestros, robos y otros sucesos violentos, como los asesinatos de Antón Romero Auñón en 1580 por causa de una mujer, de Martín de Auñón en 1590 en los olivares de San Sebastián, o del alcalde Juan Carrasco en 1624 después de que atacara al corregidor Rodrigo de Valcárcel dándole una cuchillada en la cabeza.

Entre estas y otras noticias hallamos las biografías del Gran Duque de Osuna y de un mártir local; la relación topográfica de edificios religiosos y civiles o de las treinta y dos tabernas para vino, otra para aguardiente y un estanco de tabaco que tenía la villa en 1620; descripciones y dibujos del castillo, de estatuas y monedas antiguas y de otros objetos arqueológicos como varios epígrafes en castellano, en latín y en árabe sin apenas errores de transcripción.<sup>8</sup> Esto último es algo insólito en las historias de la época, pues Caro no habría podido hallar en Sevilla caracteres para imprimir el texto árabe de las traducciones que incluye al final del libro primero de las *Antigüedades*.

En los capítulos 12, 14 y 16 también dibuja los escudos heráldicos de las familias moronenses de los Bohorques, Villalón, Angulo, Párraga, Orellana, Porras, Luna, Navarro, Navarrete, Nieto, Ágreda, Sotomayor y Auñón. El capítulo 19 es un sucinto tratado genealógico de la familia de los señores de Morón en Época Moderna: los condes de Ureña y luego duques de Osuna, desde el año 991 al 1633. Pero más adelante censura a los duques por haberles “quitado, como dice Bonilla, a los vecinos de Morón de ciento y cincuenta y tres cortijos, por los quales los descendientes de los despojados pusieron demanda en Granada”, sobre lo que en 1573:

“Morón ganó la executoria en grado de las mil y quinientas, en que salió condenado el duque don Pedro en onçe capítulos, que referiré adelante, tocantes a cosas que los señores avían pretendido y se le negaron. Y una de ellas fue que el cabildo eligiese libremente.”

Como en numerosas obras literarias en prosa de los Siglos de Oro, en este tratado histórico es fácil apreciar la influencia de los ejercicios preparatorios de Oratoria practicados en la escuela desde la Antigüedad. De esos catorce *progymnasmata*, el propio de la historia es la narración, del que constituye uno de sus tipos principales, siendo la verdad del contenido su rasgo diferenciador. Un ejemplo de narración son estos hechos de tres vecinos de Morón a raíz de la

8. Cf. M<sup>a</sup> A. Martínez Núñez, “Epigrafía árabe de Morón de la Frontera”, en *Actas de las V Jornadas de Temas Moronenses*. Morón de la Frontera: Fundación Fernando Villalón, 2003, 13-47, pp. 17-20.

rebelión de la Alpujarra en 1569, que narra en el capítulo 29 a partir del relato de algunos testigos de vista:

“Y quien en esta ocasión se señaló fue Andrés Martín de Herrera, el qual, saliendo un moro en oprobrio *nuestro*, arrastrando un pendón en que estaba pintada la sacratíssima María, peleó con él de persona a persona y lo venció y cortó la cabeça, y ensalzando el *santo* pendón se volvió al ejército *christiano*, en cuya presensia y del señor don Juan de Austria hiço esta santa valentía. Y Su Alteça, para premiarla, lo mandó llamar, y por su cortedad no fue ni pidió premio alguno. De otro vecino de Morón, llamado Diego de Luna Vençón, se dice que anduvo muy valeroso, y que yendo con un íntimo amigo suyo llamado Asçencio Galindo, ambos haciendo rostro a un esquadron de moriscos, cayó el cavallo de Asçencio Galindo en una asequia. Y Diego de Luna, viendo el peligro de su amigo, él solo se opuso a todos los enemigos, hasta que su amigo sacó el cavallo. Y después, yendo por la cierra un esquadron *nuestro* corriendo detrás de otro de moros, un moro se entró en un caserón, y al pasar Rodrigo Romero, *vezino* de Morón, le dio al cavallo una cuchillada. Y Diego de Luna se entró en el caserón y atravesó con la lansa al moro, el qual se entró por ella hasta dar a Diego de Luna una cuchillada en la cabeça, pero pequeña por estar ya el moro casi muerto. Y perseveraron en esta facción hasta que se concluyó, de donde trujeron muchos esclavos que yo conosci, y algunos en mi casa.”

Tal vez tuvieran un origen parecido los moros que él mismo vio enterrarse hasta 1641 en el antiguo cementerio musulmán de Morón. Tampoco faltan las anécdotas, género que sirve para amenizar la narración y proporcionar al lector algún ejemplo fácil de recordar, como esta del capítulo 25 referida a un antepasado suyo y a la reina Isabel:

“Y aviendo vuelto la reyna a Santa Fee, dijo en burlas que deseaba comer higos de una higuera que estaba junto al muro de Granada. Y oyendo esto el capitán Martín Fernández de Bohorques, disimuló. Y la noche siguiente salió de Santa Fee a traerlos. Y halló que un moro se descolgaba por el muro con una sesta. Y aviéndola llenado, lo captibó y trujo con çesta y higos a la reyna, cosa que çecelebró mucho Su Alteça, porque estimaba mucho a Martín Fernández de Bohorques por su valor.”

Un excelente ejercicio de refutación es el que lleva a cabo de la referida identificación de *Arunci* con Morón, aunque siguió vigente después de que el erudito Patricio Gutiérrez Bravo, cura de Arahál, secundara a Caro en sus *Adiciones* a los *Anales*, hasta que volvió a ser refutada con los mismos argumentos de Bohorques en una obra premiada por la Real Academia de la Historia en

1860,<sup>9</sup> y erradicada definitivamente en ese siglo de la Historia Antigua. Otra acertada refutación es la que lleva a cabo de la leyenda popular sobre el origen del caballo del escudo de Morón por ser contraria a los hechos narrados en las crónicas:

“Paresçe sin fundamento una común vos vulgar que dice que pinta Morón por armas este cavallo sin riendas porque, estando los chriſtianos combatiendo esta villa, los moros cortaron las riendas a Gallinato su conquistador, y que el cavallo desenfrenado entró a su dueño en los enemigos, y por esto se ganó esta villa y pintó el cavallo por armas. Lo qual no pudo ser, porque Morón no fue ganada por armas, sino dada por conçierto, y porque las historias no omitieran una cosa tan memorable, celebrando de Gallinato otras menores.”

El relato histórico sobre este sobrino de Lorenzo Suárez inspiró a Lope de Vega hacia 1602 “La famosa comedia de la divina vencedora y famosos hechos de Meledón Gallinato y toma de Morón”, que Bohorques llama “Comedia de la conquista de Morón” y precisa que era Margazamara el verdadero nombre de la torre que Lope llama Chincoya. En realidad se trata de una contaminación dramática de los relatos de la Crónica y de la cantiga 185 de Alfonso X, referida al lugar de Chincoya próximo a Bélmez en el reino de Jaén, donde sitúa la milagrosa intervención de la Virgen por haber rescatado este infanzón una imagen suya de los moros en Granada. También introduce Lope en esta entretenida comedia fronteriza al valiente y prudente Rodrigo de Girón, antepasado del Duque de Osuna a quien servía, que es quien cuenta al Rey Santo “que Gallinato hizo desde una torre hasta sus puertas tan fuertes hechos, tan extrañas cosas, que se rindió Morón”, entre otros personajes reales o fabulosos, y episodios guerreros, amorosos y cómicos acaecidos real o supuestamente entre 1238 y 1248.<sup>10</sup>

Practica Bohorques el ejercicio de la confirmación al demostrar que la palabra morón significó caballo en la lengua antigua castellana como constaba de un romance, lo que confirma con unos versos de otro romance y su interpretación por Lope de Vega, y con la analogía del escudo de León. No está tan acertado al intentar demostrar que una ciudad referida por Rasis que aparecía traducida a

9. J. y M. Oliver Hurtado, *Munda Pompeiana*. Madrid: Manuel Galiano, 1861, pp. 404-405.

10. “La divina vencedora”, que por su autor, argumento, calidad literaria e interés dramático merecería ser representada en Morón y estudiada por sus jóvenes, fue editada por E. Cotarelo y Mori, *Obras dramáticas*, vol. 4, Madrid: Real Academia Española, 1917; y por J. Gómez y P. Cuenca, *Comedias*, Madrid: Turner, 1994, vol. 10, a partir de los manuscritos 16.084 de la Biblioteca Nacional y 321(4) de la Real Academia Española. Margazamara no sería en árabe un antropónimo como cree Bohorques, sino “Prado del Junco”, según mi compañero Joaquín Bustamante. Refiere los hechos históricos del infanzón Melendo la *Primera Crónica General*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid: Nueva B.A.E., 1906, p. 740.

través del portugués como Movier, correspondía al lugar de Moguerejo cercano a Morón, argumentando que no podía ser Moguer en Huelva; que la distancia respecto a Córdoba correspondía a Morón o un lugar cercano; que ayudaba la Historia General de Alfonso X, que “hace mención de Morón, Cote, Mogru, que parece Moguer. Y se confirma con el dicho antiguo que dize: *Cote Cotejo, Moguer Moguerejo*”, si bien el dicho poco ayuda, y menos la falsa lectura Mogru referida a Zaframogón. Y no tuvo en cuenta la forma Morón que aparecía en otras copias en lugar de Movier o Mouier, que era una falsa lectura en lugar de *Mauror*, el nombre originario de Morón en el habla latina de época tardía, documentado por vez primera en las transcripciones al árabe y conservado hasta el siglo XIII.

Un ejemplo de tesis es el primer capítulo de la obra, aunque hoy sigan siendo insuficientes los doce argumentos que ofrece para sostener el origen fenicio de Morón. En general son erróneas las etimologías que ofrece de los topónimos de la comarca de Morón, por más que siga la metodología y los conocimientos vigentes en su tiempo.

En el último capítulo trata sobre un proverbio o sentencia, que era otro de estos ejercicios escolares: “Porque la suerte, como dice Salomón, compone los pleitos y contradicciones, y juzga entre poderosos, y es templada por Dios”. Con él defiende su propuesta sobre el mejor modo de elección de cargos municipales, que deberían sortearse entre los 3 más votados por 99 de los más de dos mil vecinos que tenía Morón.

Poco antes comenta varias leyes en un breve ejercicio de legislación, aplicando a la historia su formación jurídica y experiencia de abogado en la defensa de su pariente Francisco Chamizo de Bohorques Villalón, elegido por Pedro de Guzmán y Quesada para sustituirlo en 1630 durante su ausencia como alcalde ordinario del estado noble:

“Y por mandado del duque don Juan le quitaron la vara, de que apeló el cabildo a Granada, y debe seguir este pleito, pues tiene evidente justicia, pues por ley de el reyno, estando ausentes los tales *alcaldes*, o enfermos, pueden nombrar en su lugar. Y aunque opone el duque, esta ley no se á usado en Morón, no obsta, porque se responde que el duque, que pretende no costumbre sino prescripción, la á de probar que se á guardado tiempo de quarenta años. Y no vastare probar que los *alcaldes* no ayan nombrado, sino á de probar que no an nombrado por avérselo contradicho el duque. Porque como en sus leyes dicen Cayo y Paulo, en las cosas que dependen de la voluntad no se pierde derecho por no averse usado de ellas, si no es que se dejó de usar por avérsele contradicho, que desde estonces correrá la prescripción.”

El ejercicio de la alabanza está presente en el capítulo penúltimo, que constituye una breve biografía del Virrey de Nápoles y Señor de Morón don Pedro Girón (1574-1624), “tan valeroso contra sus passiones en su muerte como contra los enemigos de la fee en vida”. Los frecuentes elogios a sus paisanos, y en particular a los Villalones y Bohorques, constituyen el mayor menoscabo a la objetividad histórica de la obra, una de cuyas motivaciones fue la defensa de su linaje. Aunque el apellido Bohorques se alteró en Bohórquez, conserva la forma originaria una rama de Villamartín establecida en Granada y otros lugares, a la que pertenecieron Alonso Núñez de Bohorques, oidor y consejero de Felipe II al que cita en el capítulo octavo; Antonio Álvarez de Bohorques, que fue nombrado vizconde de Caparacena en 1627 y marqués de los Trujillos en 1632, y cuyos descendientes obtuvieron en 1737 el título de Marqués de Ruchena. En este cortijo refutaba Francisco de los Ríos y Quintero el origen cántabro del apellido Bohorques, que sin mucho fundamento considera propio de los moros autóctonos.<sup>11</sup>

Tampoco omite el ejercicio opuesto al elogio, el vituperio o censura, al escribir en el capítulo 30 y 35 que el arzobispo de Sevilla, al cobrar un tercio de los diezmos de Morón y negarse a contribuir a la reconstrucción de la iglesia de San Miguel,

“no anduvo tan piadoso como debía, pues siendo así que la yglesia tenía nesidad de los diesmos, téngalos quien los tuviere, se á de reparar, conforme a la Ley de Partida y al Consilio Tridentino, y el rey puede apremiar a ello, como lo hiço Joás, rey de Judá, reprehendiendo a Joayda, pontífice, porque no avía reparado el templo.”

Y en el último capítulo vuelve a lamentar “que, teniendo esta yglesia tan grandes diesmos, cuyo instituto fue que se gastasen en sus menesteres, no goce de ellos”. Estos juicios acerca de los hechos narrados no se consideraban entonces ajenos al historiador, desde la visión tradicional de la historia como maestra de la vida y útil para el futuro.

El siguiente diálogo en estilo directo del capítulo 33 entre un nativo de la actual Costa Rica y fray Rodrigo de Porras en 1617 constituye una muestra de prosopopeya:

“El qual dijo: «Padre, te matamos porque nos quitas las mançebas y nos pides los cuerpos de los casiques». Y el *Padre* le respondió con mansedumbre de

11. *La solera de un linaje. Monografía de los Álvarez de Bohórquez. Colección de cartas*. Guadalajara, 1925; G. Argote de Molina, *Nobleza del Andalucía*. Sevilla: Fernando Díaz, 1588, lib. II, cap. 83, f. 204; J. Gil, *Los conversos y la Inquisición sevillana*. Sevilla, Universidad y El Monte, 2001, t. III, pp. 370-373.

cordero: «Hijos, Dios me manda os advierta no hagáis estas cosas, y no me pesa de mi muerte, sino de la que los españoles os an de dar».

Entre los lugares comunes de que se sirve, uno propio de la época es el referido al efecto que gracias al apoyo económico del licenciado Lorenzo Díaz, oriundo de Portugal, tuvo en Morón la fundación del colegio de la Compañía de Jesús en 1627,

“donde con todo cuydado y amor enseñan los padres leer, escribir, contar, lengua latina, policía y virtud, de suerte que en la juventud de esta villa á avido con estos padres tal reformaçión, que si antes se oýan por las calles cantares deshonestos, oy suenan devotas oraciones.”

Practica el ejercicio de la comparación cuando escribe en el capítulo décimo que “los moros hacían con Morón lo que los pigmeos con Hércules, que es picarle descuydado y huir quando miraba”, imagen simbolizada por Gallinato en la comedia.

El ejemplo anterior también lo es de fábula, otro de los ejercicios oratorios, aunque en la medida en que —al igual que la leyenda— este género está reñido con el de la narración histórica por no responder a la verdad, al percatarse el autor de que se trataba de una fábula mitológica que no debía contaminar sus *Anales*, añadió “dice Alciato hacían” delante de “los pigmeos”, con la correspondiente referencia en el margen del texto como en todas las obras impresas o manuscritas que cita.

Una bella muestra de tópica descripción de lugar ameno es la que hace en el capítulo 30 del paraje donde estuvo el convento de San Pablo de la Breña cerca de Montellano, que ya por entonces sufría los devastadores incendios que lo destruyeron:

“En los campos de esta villa, dos leguas y media de ella al mediodía, ay un alto monte, y en él una breña de silvestres árboles tan cerrada y espesa, que en medio de su zénit no la penetra el sol; donde se crían tantos y tan diversos animales, que de muchos no se sabe su especie y se le ignora el nombre. Llaman a este monte *La Algaida de Cote*. *Algaida* es palabra arábica, y significa *monte alegre*, y lo es éste tanto que de verano, esmaltado de varias flores, alegra los ojos y regala el olfato, y de hybierno, bordado con lo rojo de el madroño en lo verde de sus hojas, da gusto al paladar y entretiene la vista.”

En la obra están presentes textos pertenecientes a otros géneros literarios practicados igualmente en las clases de Retórica y Oratoria, como el epistolar a través de las cartas entre Morón y Marchena del capítulo quince.

También presenta fragmentos poéticos de autores clásicos grecolatinos, de romances antiguos y de una copla satírica contra el duque de Ureña, dos redondillas, y este romance que copia de la obra de Bonilla en el capítulo 14:

De Écija salió el maestre, capitán de la frontera,  
lleva gente de a caballo, gente lucida y guerrera.  
Por los campos de Morón tendida lleba la seña.  
Allá van a sestear a aquese río de Olvera.  
Allí saliera el alcayde, alcayde biejo de Olvera:  
'Manténgavos Dios, señor, ¿vuestra partida dónde era?'  
Allí respondió el maestre, bien oyréis lo que dijera:  
'A Archite, Obrique, alcayde, a Benaocás de la Çierra.'  
'Quien vos aconsejó, señor, muy mal consejo vos diera,  
porque tres batallas é visto perderse en aqueza tierra.'  
Respondióle el maestre, bien oyréis lo que dijera:  
'Placerá a Dios, el alcayde, será esta la vengadera.'

Gracias a esta mezcla de géneros y a tan variados ingredientes, la obra resulta más amena sin perder el carácter histórico propio de su época, y su lectura más agradable y apetecible para el lector de cualquier tiempo, especialmente si tiene interés por el pasado, el presente o el futuro de la ciudad de Morón y de su gente.